

El peso de las palabras

Jeffrey Ford

I

En el otoño de 1957, cuando no tenía más de treinta años, salía casi todas las noches de la semana. No era tanto que buscase pasar un buen rato como escapar de uno malo. La que había sido mi esposa durante cinco años me había dejado hacía poco para largarse con un hombre más atractivo, rico y dinámico que yo; y aunque ella había mantenido una aventura a mis espaldas durante una buena temporada, y cuando se marchó me dejó bien claro que yo era un timorato, todavía continuaba amándola. Las noches de lectura apacible siempre habían sido una fuente de placer para mí; sin embargo, tras nuestra separación, la mera idea de sentarme tranquilamente, en soledad, con las páginas de un libro y mis desbordantes emociones por única compañía, me resultaba insoportable. Así que noche tras noche me ponía el abrigo y el sombrero, salía de mi piso y me dirigía al centro del pueblo, al cine, donde me sentaba en la oscuridad y mantenía mi propia y melancólica aventura con cualquier Katharine Hepburn cuya película se proyectara esa noche en el Ritz. Cuando la que aparecía en la marquesina era la Monroe o la Bacall, o alguna otra estrella menos típicamente virtuosa, a

veces, en lugar de entrar me iba a cenar algo a alguna cafetería o a escuchar una conferencia en el centro cultural. El ciclo de conferencias no era, por decirlo con delicadeza, nada del otro mundo; pero en la sala había una iluminación brillante y por lo general estaban presentes unas cuantas almas solitarias como yo, ya fuera tomando notas o echando una cabezadita; y la continua verborrea del orador interfería en mis recuerdos y silenciosas recriminaciones. Y no solo eso, sino que ya había aprendido unas cuantas cosas sobre La Revolución Rusa, El cuidado de los rosales y La poesía de John Keats. Fue en una de estas charlas cuando conocí a Albert Secmatte, anunciado como «químico del lenguaje impreso».

Habida cuenta del título tan soso de su conferencia, «El peso de las palabras», yo no esperaba gran cosa de Secmatte, tan solo que hablara sin parar durante una o dos horas, me llevase a un estado de modorra al borde del sueño y me mantuviera en él. Antes de empezar se situó ante el atril (con una pantalla blanca detrás y un proyector de transparencias a su lado), y durante unos instantes sonrió y asintió con la cabeza sin motivo aparente; era un hombre menudo, con el cabello oscuro peinado hacia atrás. El traje negro y un tanto demasiado holgado habría podido hacerle parecer el subalterno de alguna funeraria, pero este efecto

quedaba mitigado por su sonrisa hueca y las gafas de culo de vaso y montura cuadrada, que anulaban cualquier otra especulación sobre él salvo la de que, al menos en cierta medida, estaba loco. El resto del público, compuesto por una docena de personas, bostezó y se frotó los ojos, preparándose para recibir la sabiduría del orador con miradas en las que ya se percibía cómo su determinación empezaba a flaquear. La monótona voz de Secmatte no solo resultó ser tan embrujadora como un metrónomo, sino que además era aguda y débil, casi infantil. Su charla versaba sobre las palabras, y su comienzo fue tan prometedor como el de una de esas clases de secundaria que garantizan acabar con la fascinación que pudiese sentir cualquier muchacho por el lenguaje.

Me desperté de mi sopor inicial a los veinte minutos de conferencia, cuando el anciano que tenía a tres asientos se levantó para marcharse y tuve que salir al pasillo para dejarle pasar. Tras recuperar mi lugar e intentar de nuevo alcanzar ese estado de aletargada placidez objetivo de mi asistencia al acto, escuché por casualidad unas pocas frases de la charla de Secmatte que por el motivo que fuera despertaron mi interés.

«Las palabras impresas son como los elementos químicos de la tabla periódica —estaba diciendo—. Interactúan entre sí, influyen unas sobre otras

mediante una especie de *fuerza de gravedad* que actúa entre las partículas en ese tubo de ensayo que es una frase. La proximidad de dos palabras puede ocasionar bien la apropiación bien la combinación de partículas básicas con carga connotante y gramatical, por así decir, y la formación de un compuesto de entidad y significado desconocido con anterioridad al momento en que quien escribe inició el proceso que desencadenó la reacción.»

Esta afirmación era a un mismo tiempo desconcertante y fascinante. Me incorporé en mi asiento y escuché con más atención. Por lo que pude deducir, Secmatte aseguraba que a las palabras impresas les correspondían, en función de su longitud, componentes fonéticos y estructura silábica, unos valores fijos calculables por métodos matemáticos. Las cifras así obtenidas correspondientes a sus características representativas podían ser analizadas con relación a la ubicación y proximidad de los distintos vocablos en el contexto de la frase; y un investigador competente en la materia podía entonces deducir la eficacia e influencia de la presencia de las distintas palabras. Lo que me pareció que estaba dando a entender me llevó a ajustar mi evaluación inicial del grado de su locura. Sacudí la cabeza, porque ahí teníamos un lunático con todas las de la ley. Pero era una

chaladura demasiado alucinante para que la pasara por alto y retomase mi trance.

Observé al público que había en torno a mí mientras Secmatte continuaba con su monótona perorata, y vi expresiones de confusión, aburrimiento e incluso irritación. Nadie estaba tragándose ni por un momento sus cuentos chinos. Estoy convencido de que por la cabeza del resto de presentes también pasaban las mismas preguntas que yo me estaba planteando: ¿cómo se pesa una palabra exactamente?, ¿qué unidad de medida se utiliza para calcular el grado de influencia de una determinada sílaba? Estas cuestiones estaban empezando a ser formuladas en forma de gruñidos y palabrotas farfulladas entre dientes.

El conferenciante no daba muestras de ser en lo más mínimo consciente del inminente motín de su público, y continuó sonriendo y asintiendo con la cabeza mientras proseguía con sus descabelladas afirmaciones. Justo cuando levantó la mano una mujer de la primera fila, una doctora en Literatura ya jubilada y asidua a las conferencias, Secmatte nos dio la espalda y se dirigió a trancos hacia el interruptor de la luz de la pared a su izquierda. Un instante más tarde la sala quedó sumida en la oscuridad. En medio de esa noche artificial brotaron unos ronquidos y, a continuación, ¡clic!, una luz se encendió justo a la izquierda del atril, iluminó el

terriblemente inexpresivo rostro de Secmatte, se reflejó en sus gafas y proyectó su sombra magnificada sobre la pantalla que tenía detrás.

—Fíjense —dijo, y salió del chorro de luz para coger una hoja del montón de papeles que había dejado en el atril. Al irse ajustando mi visión, observé que estaba colocando una transparencia en el retroproyector. En la pantalla a sus espaldas apareció una hoja amarillenta, con trozos pegados con celo y escrita con tinta negra y pulcra caligrafía—. Aquí tenemos la fórmula en cuestión.

Secmatte cogió una pluma del bolsillo de la chaqueta para señalar sobre la ecuación impresa en la transparencia, y la leyó parsimoniosamente. Ahora me arrepiento de no haberla copiado o memorizado. Por lo que puedo recordar, decía algo como:

Fuente + Significado × Estructura silábica –
Longitud +

Flexibilidad consonántica / Timidez verbal ×
Saturación

Fonémica = El peso de una palabra, o El
valor

—Chorradas —dijo alguien entre el público y, como si ese epíteto fuera un término mágico que hubiese roto el hechizo de la Química de la Palabra Impresa, tres cuartas partes del auditorio, que ya de

por sí no era demasiado numeroso, se levantaron y enfilaron hacia la puerta.

Si el estimado orador hubiese tenido un físico más amenazador, tal vez yo mismo me hubiera marchado —yo, con todo lo tímido que era—, pero Secmatte solo representaba un peligro para el sentido común, que nunca había sido un gran aliado mío. Tan solo nos quedamos el durmiente de la última fila, una mujer con un pañuelo en la cabeza rezando el rosario al fondo a mi derecha, un tipo con traje de negocios en la primera fila y yo mismo.

—¿Y cómo ha realizado este descubrimiento? —preguntó el caballero sentado más cerca de Secmatte.

—¡Vaya! —exclamó el conferenciante, como si le sorprendiera que hubiese alguien en la oscuridad—. Años de investigación. Sí, muchos años de ir tanteando.

—¿Qué clase de investigación? —inquirió el hombre.

—Eso es ultrasecreto —respondió Secmatte con un cabeceo afirmativo, y a continuación quitó con brusquedad la transparencia del proyector y la llevó al atril.

Secmatte rebuscó en la pila de papeles y enseguida regresó al aparato con otra que colocó

con cuidado sobre el cristal. En el centro de la nueva lámina había impresa una única frase de unas quince palabras. Al igual que no soy capaz de recordar con certeza los elementos de la fórmula anterior, todavía tengo menos claras las palabras de esta sentencia. Estoy seguro de que una de las primeras del renglón, aunque ni la primera ni la segunda, era «escarlata». Y creo que este color describía el fular de un joven.

Secmatte penetró de nuevo en el haz del proyector y sus rasgos resplandecieron bajo el chorro de luz.

—Sé lo que están pensando —aseguró, su voz empezando a sonar a la defensiva—. Bien, señoras y caballeros, ahora van a verlo...

El durmiente resopló, tosió y dejó escapar dos ronquidos durante la pausa del orador.

—Observen qué le sucede a la sentencia cuando coloco este trocito de papel encima de la palabra «el» que ocupa la decimoprimer posición en la secuencia. —Se inclinó encima del proyector y yo observé en la pantalla cómo sus dedos de sombra situaban un minúsculo pedacito de papel encima del artículo indicado, tras de lo cual retrocedió y pidió—: Ahora lean la frase.

La leí una vez y luego una segunda vez. Para mi sorpresa, no solo faltaba el artículo oscurecido por

Secmatte, sino que la palabra «escarlata» también había desaparecido. No me refiero a que estuviese tapada, me refiero a que se había desvanecido y el resto de vocablos que habían estado situados a su alrededor habían cerrado filas como si jamás hubiese estado allí.

—Un truco —intervine incapaz de contenerme.

—Me temo que no, caballero —replicó Secmatte.

Se acercó al proyector y con tan solo la punta de la pluma apartó el papel que tapaba la palabra «el». En ese mismo instante, el adjetivo «escarlata» se materializó como un fantasma, como por arte de magia. Visto y no visto, allí estaba, en negrita, cuando un momento atrás no lo había estado.

El hombre de la primera fila aplaudió. Yo me quedé mirando boquiabierto, y todavía abrí más la boca cuando empujó el trocito de papel con la punta de la pluma hasta volverlo a situar sobre el «el», lo que provocó la consiguiente desaparición del término «escarlata».

—Verán, yo he analizado las características de cada una de las palabras de esta frase y, cuando el artículo «el» se tapa, la ausencia de su valor en la construcción de la misma desencadena un fenómeno que denomino «sublimación», que en esencia consiste en el enmascaramiento de la existencia del

término «escarlata». Este adjetivo calificativo de color continúa estando plenamente presente, pero el lector no lo ve como consecuencia del efecto provocado por una reconfiguración de la estructura inherente de la sentencia y de las relaciones entre los valores que corresponden a los distintos vocablos de la misma. En lugar de ver la palabra «escarlata», el lector la percibe de manera subconsciente.

Solté una risotada, incapaz de creer lo que estaba presenciando.

—¿De manera subconsciente? —repetí.

—El efecto es fácilmente comprobable —aseguró él.

Secmatte se acercó al atril con la transparencia de la frase sobre el fular del joven y regresó con otra. La colocó sobre el proyector y señaló la frase impresa en el centro. Esta la recuerdo a la perfección. Decía, «El niño besó efusivamente el juguete».

—En esta sentencia que tiene ante ustedes —prosiguió Secmatte—, existe una palabra sublimada que les aseguro está impresa exactamente igual que todas las demás, pero que debido a mi elección de fuente, a su tamaño, y a la configuración de sus elementos fonémicos y silábicos, se ha convertido en un fantasma. No obstante, ustedes percibirán su

significado, la intención de ese término, subconscientemente. Lean la frase y reflexionen durante unos instantes.

La leí e intenté imaginar la escena. A primera vista, su significado hacía pensar en una imagen de alegría inocente; sin embargo, cada vez que leía las palabras, me sentía estremecer de asco, percibía un trasfondo siniestro en el mensaje.

—¿Qué es lo que falta? —preguntó el hombre de la primera fila.

—La respuesta emergerá en su consciente dentro de un rato —respondió Secmatte—. Cuando eso ocurra se convencerán de la validez de mi investigación. —Entonces apagó el proyector—. Muchas gracias a todos por su asistencia —dijo dirigiéndose a la oscuridad.

Unos segundos después, las luces se encendieron. Me froté los ojos ante el repentino resplandor, y cuando volví a mirar observé que Secmatte estaba recogiendo sus papeles y guardándolos en una cartera.

—Muy interesante —comentó el hombre de la primera fila.

—Gracias —respondió Secmatte sin apartar la vista de la hebilla de la cartera que estaba abrochando.

Una vez terminó, Secmatte se acercó al hombre y le entregó lo que parecía ser una tarjeta de visita. Y cuando avanzaba por el pasillo también se detuvo en la fila en la que yo estaba sentado y me ofreció otra.

Me levanté y me acerqué para cogerla.

—Gracias —dije—. Muy interesante.

Él asintió con la cabeza y sonrió, y no dejó de hacerlo mientras recorría el resto de la sala y franqueaba las puertas del fondo. Cuando me estaba guardando la tarjeta en el bolsillo de la chaqueta miré a mi alrededor y me percaté de que tanto la mujer del rosario como el durmiente ya se habían marchado.

—El señor Secmatte parece un tanto tocado del ala —comenté al hombre de la primera fila que en ese momento pasaba junto a mí camino de la salida.

—Es posible —me respondió él con una sonrisa—. Buenas noches.

Le devolví el saludo y abandoné la sala tras de él.

De camino a casa me acordé de la última frase proyectada por Secmatte, la del niño besando el juguete. De nuevo me hizo sentir incómodo, y entonces, de sopetón, vislumbré algo por el rabillo del ojo de mi imaginación, algo que se abría camino serpenteando por entre mis pensamientos. Igual que

el sonido de una voz en un recuerdo o el ruido del portazo en un sueño sobre mi mujer, oí con total claridad en mi cabeza un sonido sibilante. Y en ese momento la vi: una serpiente. El niño estaba besando fervorosamente una serpiente de juguete. La revelación me hizo detenerme en seco.

II

Dado que desde la temprana infancia he sido un enamorado de los libros, siempre había pensado que mi trabajo como director de la biblioteca municipal de Jameson City era la profesión idónea para mí. Era un administrador competente y, con disimulo, me valía de mi puesto para proporcionar a nuestra tranquila población una visión distinta del mundo. Cuando encargaba nuevos libros, procuraba incorporar a nuestros fondos obras de escritores de color, mujeres, *beatniks* y existencialistas. Sin embargo, tras conocer a Secmatte, el trabajo incluso ganó en interés. Cuando no estaba reconcomiéndome por la ausencia de Corrine o imaginando lo que estaría haciendo con el encantador señor Walthus, reflexionaba sobre la naturaleza de su conferencia. Al caminar por entre las estanterías, ahora casi oía un zumbido ambiental de interacciones fonéticas que estaban teniendo lugar detrás de las cubiertas cerradas de los ejemplares de los estantes. Cuando abría un volumen y lo acercaba a mis ojos cansados, me parecía percibir una cierta efervescencia contra

el rostro, como burbujas de Coca-Cola estallando, los residuos que emanaban de las reacciones químicas textuales. Secmatte había logrado hacerme ver el lenguaje impreso con ojos nuevos.

Alrededor de una semana después de que asistiera a su charla y demostración, yo estaba mirando por un ventanal situado justo enfrente del mostrador de préstamos. Era media tarde y la biblioteca estaba casi vacía. El sol otoñal brillaba con fuerza mientras observaba el tráfico que circulaba por la tranquila calle principal de nuestra población.

Me estaba acordando de una noche al poco de casarnos, en la que Corrine y yo estábamos en la cama a oscuras. «Cal, cuéntame algo maravilloso», acostumbraba a pedirme ella, y con eso lo que quería decir era que le contase algún hecho curioso sacado de mis vastas lecturas.

«Hay una flor que solo crece en la isla de Navidad, en el océano Índico, a la que los nativos de ese atolón paradisíaco llaman *warulatnee* —dije en aquella ocasión—. Estas enormes flores rosas tienen un conservante químico que las mantiene intactas mucho tiempo después de que el interior del tallo haya comenzado a pudrirse. Como resultado de esa descomposición, en el tallo se acumula un gas que, cuando al cabo es liberado violentamente por la parte superior, hace que la flor salga volando. En su

rápido ascenso, en ocasiones hasta una altura de ocho metros, los pétalos se cierran para hacerla más aerodinámica, pero una vez alcanzada la cúspide de su trayectoria, la brisa la arrastra, y los amplios y suaves pétalos se abren como las alas de un pájaro. De este modo, transportada por las corrientes de los vientos oceánicos, puede viajar kilómetros. *Warulatnee* significa «pájaro crepuscular», y esa flor se regala como muestra de amor.»

Cuando terminé, ella me besó y me dijo que era un encanto. Con lo tonto que era, estaba convencido de que me amaba gracias a mi inteligencia y amplitud de miras. Pero más me hubiese valido abrazarla a ella en lugar de mi erudición, ese miasma de palabras ingravidas a las que no se puede rodear con los brazos.

Siempre que un recuerdo como este emergía a la superficie, me mataban un poco por dentro. Y justo en ese preciso instante divisé al otro lado del ventanal el descapotable color aguamarina del señor Walthus, que estaba deteniéndose en el semáforo de la esquina. Corrine iba montada a su lado, sentada prácticamente en su regazo, con el brazo alrededor de sus anchos hombros. El señor Walthus pisó el acelerador a fondo antes de que el semáforo cambiara de color, seguramente para asegurarse de llamar mi atención, y mientras continuaban calle abajo vi a mi mujer inclinar la cabeza hacia atrás y

reírse con una expresión de placer que ninguna palabra alcanza a describir. Era enloquecedora, frustrante, absolutamente juvenil... Sentí que mi estómago se encogía como si fuese una hoja de papel viejo que alguien estuviera estrujando.

Ese mismo día, un rato más tarde, mientras de nuevo vagaba por entre las estanterías y me evadía cavilando sobre la sistematización del lenguaje impreso de Secmatte, pasé por casualidad junto a un ejemplar de *Cartas de Abelardo y Eloísa* situado a la altura de los ojos. Al verlo, una idea maravillosa, como una rosada *warulatnee*, echó a volar en mi imaginación impulsada por los efluvios de la descomposición de mi corazón. Antes de llegar al guardarropa ya había terminado de diseñar mi endiablado plan. Introduje la mano en el bolsillo de mi abrigo y saqué la tarjeta que Secmatte me había entregado la noche de la conferencia.

Esa misma tarde lo telefoneé desde mi despacho de la biblioteca.

—Dígame —respondió él con su voz aguda, que sonó como la de un niño recién levantado de la siesta vespertina.

Le expliqué quién era y cómo lo había conocido, y luego le dije que me gustaría discutir con él su teoría más detenidamente.

—Esta noche —dijo, y me dio su dirección—. A las ocho.

Le di las gracias y le aseguré que su trabajo me interesaba muchísimo.

—Sí —fue lo único que añadió antes de colgar, y yo me lo imaginé sonriendo y asintiendo con la cabeza mecánicamente.

Secmatte vivía en un enorme edificio de una sola altura situado detrás del aserradero y junto a las vías del tren, a las afueras de la ciudad. El lugar había albergado antaño las oficinas de una compañía petrolera, y la morada parecía un austero búnker de hormigón. Las ventanas de la fachada principal, que cuando yo era crío exhibían anuncios de Maxwell Oil, la compañía petrolera, ahora tenían cortinas oscuras. Me planté en la anodina puerta principal y llamé. Un instante más tarde se abrió la puerta, y allí estaba Secmatte, vestido exactamente igual que la noche de la conferencia.

—Entre —dijo sin saludarme, como si fuese un visitante habitual o un operario que hubiera acudido para realizar alguna reparación.

Lo seguí al interior, hasta lo que saltaba a la vista había sido una oficina comercial otrora. En ese cuarto de dimensiones modestas, todavía de ese verde como de detergente presente en las paredes

de muchas industrias, había un sofá viejo; dos sillas, con el relleno saliéndose por la parte inferior de una de ellas; y una pequeña mesita de café. Junto a la silla de Secmatte, una lámpara alumbraba la escena con desgana. El suelo carecía de alfombra, y al igual que las paredes era de hormigón desnudo.

Mi anfitrión se sentó, con las manos aferradas a los brazos de la silla, y echó el cuerpo hacia delante.

—¿Y bien? —dijo.

Me senté en la silla que había frente a él al otro lado de la mesa.

—Calvin Fesh —me presenté, y me incliné hacia él con la mano extendida, esperando el apretón.

Secmatte asintió con un cabeceo y sonrió.

—Encantado —dijo, pero no estrechó mi mano.

Retiré el brazo y me recosté de nuevo en la silla.

Él se quedó sentado en silencio, la mirada clavada en el tablero de la mesa, con aire de simplemente estar ahí, no de estar esperando a que yo hablara.

—Su demostración en el centro cultural me impresionó —dije—. Yo he sido un ávido lector toda mi vida y...

—Usted trabaja en la biblioteca —me interrumpió.

—¿Cómo dice...?

—Lo he visto allí. De tanto en tanto acudo para buscar un ejemplo de algún tipo de fuente concreto o las obras de determinados escritores. Por ejemplo, las ediciones baratas impresas en helvética de traducciones de Tolstoi, sobre todo los cuentos largos, son particularmente ricas en caos fonético; y los pesos de los verbos menos insistentes, aquellos con preponderancia de vocales, provocan cierta fluidez en la ubicación del punto donde reside la fuerza de las frases. Tiene algo que ver con el proceso de traducción del ruso a nuestra lengua. O Conrad, que ojo, cuando usa un gerundio...

Prorrumpió en una inusitada carcajada y se palmeó la rodilla, tras de lo cual, e igual de súbitamente, recuperó la atonía y retomó el cabeceo.

Fingí hilaridad y luego continué hablando:

—Bueno, a decir verdad, señor Secmatte, he venido porque me gustaría proponerle un negocio. Quiero que utilice su extraordinario procedimiento de sublimación para ayudarme.

—Explíquese —requirió, y desplazó la mirada hacia el sofá vacío que tenía a su derecha.

—Bueno, me resulta un tanto embarazoso. Mi esposa me ha dejado por otro hombre hace poco. Quiero recuperarla, pero se niega a verme y a hablar conmigo. Quiero escribirle, pero si me lanzo a expresar mi amor abiertamente, hará una pelota con las cartas y las tirará sin siquiera terminar de leerlas. ¿Me sigue?

Él permaneció sentado en silencio, mirando fijamente. Al cabo se ajustó las gafas y dijo:

—Prosiga.

—Quiero mandarle una serie de cartas sobre curiosidades interesantes que descubro en mis lecturas. A ella le gusta enterarse de ese tipo de cosas. Confiaba en poder convencerlo para que insertara mensajes de amor sublimados en mis misivas, de forma que cuando las lea los mensajes reaviven sus sentimientos hacia mí sin que ella se entere. Le pagaría, por supuesto.

—Amor —dijo Secmatte, y a continuación lo repitió tres veces más, muy despacio y con un tono más grave del habitual en su voz infantil—. Una palabra complicada, bien que sí. Es resbaladiza y su valor tiende a alterarse ligeramente en relación con palabras de múltiples sílabas impresas en Copenhague o en alguna otra de las fuentes menos influenciadas por la escritura manuscrita.

—¿Puede hacerlo? —pregunté.

—Claro —dijo mirándome a los ojos por primera vez.

Introduje la mano en el bolsillo y saqué la hoja de papel con mi primera misiva, relativa a la columna de Memnon, la piedra que cantaba.

—Inserte algunas palabras invisibles sobre mi cariño hacia ella en esta carta —le pedí.

—La convertiré en una casa del amor embrujada.

—¿Y cuánto me va a cobrar?

—Ahí es donde usted puede serme de ayuda, señor Fesh. No necesito su dinero. Por lo visto, usted no es el único que está pensando en hacer uso de mi técnica de sublimación. El otro caballero que asistió a la conferencia del día doce me ha encargado más trabajo del que alcanzo a despachar cómodamente. Y también me ha pagado con generosidad. Me ha convertido en un hombre rico de la noche a la mañana. El señor Mulligan me ha contratado para preparar anuncios de sus empresas utilizando la sublimación.

—¿Ese era Mulligan? —Secmatte movió la cabeza afirmativamente—. Es uno de los hombres más ricos del estado. Fue él quien donó el centro cultural a Jameson City.

—Necesito un corrector de pruebas. Cuando termino de retocar los textos que me entregan, tras jugar con los valores y reconstruirlos, a veces se me olvida volver a colocar una coma o poner un verbo en plural. Incluso la Química del Lenguaje Impreso necesita un ayudante de laboratorio. Si pone a mi disposición su tiempo dos noches por semana, yo le prepararé una carta sublimada semanalmente. ¿Qué opina?

Me pareció una cantidad exorbitante de trabajo para una carta a la semana, pero estaba convencido de que mi plan iba a funcionar y ansiaba recuperar a Corrine. Aparte de que por las noches no tenía nada que hacer, y el trabajo supondría un cambio en mi rutina de noctambuleo por el pueblo. Acepté. Me dijo que volviera el jueves a las siete para empezar.

—Estupendo —concluyó en un tono carente de toda emoción.

Se levantó y me acompañó apresuradamente hasta la puerta de entrada, la abrió y se apartó a un lado para asegurarse de que recibía el mensaje de que ya era hora de irme.

—Tiene mi carta en la mesita de café —dije girándome cuando me estaba alejando, pero la puerta ya se había cerrado.

Mis noches en casa de Secmatte resultaban interesantes, aunque solo fuese por el hecho de que el hombre era todo un enigma. Nunca antes había conocido a nadie que tuviera lapsos de expresividad emocional tan limitada, a nadie que viviese tan encerrado en su propio mundo. No obstante, había momentos en los que percibía destellos de personalidad, indicios que apuntaban hacia la posibilidad de que era consciente de mi presencia y de que incluso en cierto modo podía estar disfrutando con mi compañía. Había descubierto que cuando sonreía y asentía con la cabeza, su cerebro estaba ocupado calculando los valores de los elementos de un texto. No había duda de que estas dos acciones constituían un mecanismo de defensa, mecanismo que probablemente hubiese adoptado en una época temprana de su vida para así mantener a la gente a raya. ¿Qué mejor camuflaje que el de alguien afable y satisfecho? Los tipos irascibles tienen que habérselas continuamente con los demás y dar explicaciones sobre los motivos de su resentimiento. Secmatte estaba de acuerdo contigo incluso antes de conocerte... cualquier cosa con tal de conseguir que lo dejaran en paz.

El trabajo era bastante sencillo. La gramática se me ha dado bastante bien desde mis primeros años de colegio, y la corrección de las pruebas casi era un acto reflejo para mí. Secmatte me asignó mi propio

despacho en la parte de atrás del edificio. Estaba situado al final de un largo pasillo tenuemente iluminado, cuyas paredes estaban cubiertas de chibaletes con diversos juegos de tipos de imprenta, tanto antiguos como modernos, que para Secmatte eran como sus bloques de construcción, los juguetes con los que practicaba su magia sobre el papel. Estaban ordenados y etiquetados con meticulosidad, y los había a cientos. Algunos de los cajetines que contenían determinadas letras eran tan grandes como un libro en rústica, aunque también los había no mayores que la uña de mi meñique.

Mi despacho era austero, por no decir otra cosa: una mesa, una silla y una lámpara de pie salidas con toda seguridad de algún mercadillo de objetos segunda mano. Cuando llegaba tenía esperándome sobre la mesa una pequeña pila de octavillas publicitarias, cada una la prueba de un modelo distinto, que debía revisar, leer de principio a fin a la caza de erratas. Estas tenían que ser marcadas con un círculo o descritas al margen con bolígrafo verde. La tinta tenía que ser verde por algún motivo que nunca llegué a descubrir. Cuando encontraba un problema, algo que ocurría raras veces, tenía que llevar la octavilla en cuestión a Secmatte, que siempre estaba en la sala de impresión. Dado que las fuentes desempeñaban un papel tan importante en la obtención del efecto de sublimado, y que

quienes no estaban al tanto del asunto no debían ver las palabras que había que sublimar, el propio Secmatte componía los textos e imprimía las octavillas en una vieja imprenta eléctrica con un tambor que atrapaba las páginas y las pasaba por encima del molde entintado. Incluso cuando se dedicaba a esta tarea tan sucia, iba ataviado con traje negro, camisa blanca y corbata. Los textos que Mulligan le estaba entregando parecían tonterías de lo más inofensivas. Secmatte los llamaba anuncios, supongo que porque sabía que, tras meterles mano, pasarían a tener alguna cualidad persuasiva secreta; no obstante, para el no iniciado como yo, a simple vista parecían meros mensajes con imaginativos consejos para quienquiera que los leyese.

Diversión gratuita

¡La diversión no tiene por qué ser cara!

Si el día está despejado y quieres pasar un rato la mar de agradable con tu familia, llévala a algún lugar al aire libre, a un campo o una pradera, por ejemplo. Llevad mantas, sentaos en ellas y contemplad el pausado desfile de nubes por el cielo. Su blanca majestuosidad algodonosa es un museo de las maravillas en las alturas. Estudiad con meticulosidad sus formas, y enseguida descubriréis rostros, caballos al galope, una bruja con su escoba o una goleta con el velamen a todo trapo.

Compartid lo que veis, y la conversación y las risas no tardarán en hacer acto de presencia.

Este fue el primer texto en el que trabajé, y durante todo el tiempo que dediqué a su examen no dejé de preguntarme qué producto trivial de su entramado comercial estaría colocando subrepticamente Mulligan a esos involuntarios lectores de su propaganda. Desde la primerísima noche de mi insólita nueva tarea, presté gran atención a cualquier impulso extraño que yo mismo pudiese sentir, y con frecuencia hacía un inventario de mis compras al final de la semana para ver si había adquirido algo que no encajase en mis hábitos de consumo. Por aquel entonces comencé a fumar cigarrillos, pero lo achaqué a la frustración y angustia producto de la pérdida de Corrine.

Estas octavillas empezaron a aparecer por el pueblo una semana después de que yo comenzase a ir a casa de Secmatte de manera regular. Las vi grapadas en postes telefónicos, clavadas con chinchetas en el tablón de anuncios de la lavandería, apiladas en ordenados rimeros en el extremo de los mostradores de las cajas del supermercado... Un hombre incluso trajo una a la biblioteca y preguntó si podía colgarla en nuestro tablón de anuncios. A mí no me hacía gracia, sabiendo como sabía que era un lobo con piel de cordero, pero accedí. «Mucho trabajo parece para algo tan obvio —comentó

sacudiendo la cabeza uno de los usuarios habituales de la biblioteca al leerla—. Aunque cuando fui a Weston por negocios también las vi por allí».

Fiel a su palabra, al final de nuestra sesión de la noche de los jueves, Secmatte aparecía en la puerta abierta de mi despacho con una hoja de papel en la mano. Impresa en ella, en una hermosa fuente antigua con recargadas mayúsculas en negrita y eies curvadas, estaba la carta semanal para Corrine.

—Su misiva, señor Fesh —decía, y venía hasta mi mesa para dejarla en una esquina.

—Gracias —respondía yo, confiando y más adelante deseando que a su vez él también mostrase su agradecimiento, algo que nunca hizo.

—Sí —se limitaba a decir asintiendo con la cabeza, para acto seguido marcharse.

Esas hojas sueltas que contenían mis mensajes llenos de maravillas para mi esposa tenían un aspecto de lo más normal, pero cuando las cogía de la mesa las sentía lastradas, como si llevaran un clip invisible. De camino a casa, su energía me resultaba innegable. Mis recuerdos de Corrine volvían a mí de una manera tan vívida que era como si mi mano estuviese aferrando la suya en lugar de un papel. Ni que decir tiene que mandaba las cartas en el primer

envío de correo de la mañana, pero las noches de los jueves siempre las colocaba a mi lado en la cama y mientras dormía soñaba que me susurraban promesas secretas de amor.

La noche en la que por casualidad descubrí en el dorso de la cajetilla que la marca de mis cigarrillos, Butter Lake Regulars, estaba fabricada por una empresa filial de Mulligan, también se me reveló una faceta distinta de Secmatte. En mi despacho había dos puertas. Una daba al pasillo lleno de chibaletes con tipos; y otra, situada enfrente de mi mesa, a un recinto enorme carente de iluminación en el que siempre hacía mucho frío. Supuse que debía de ser el garaje que antaño había albergado los camiones cisterna. Cuando necesitaba ir al baño, tenía que abrir esta segunda puerta y atravesar esa extensión oscura y gélida camino de una tercera puerta emplazada en el extremo más alejado. El inmueble de Secmatte —casi mejor dejar de llamarlo casa— siempre resultaba un tanto siniestro, pero ese paseo a oscuras hasta el pequeño cuadrado de luz en la distancia era sumamente aterrador. La luz hacia la que me encaminaba era la puerta del baño.

El propio aseo era bastante sórdido. Los accesorios debían de datar de la época de los ocupantes originales del inmueble. El inodoro era una taza mohosa, y el lavabo tenía rajaduras y desconchaduras. Una bombilla desnuda colgaba del

techo. Decir que el cuarto de baño era austero era ser amable, y cuando la necesidad me obligaba a utilizarlo, a menudo pensaba en cómo sería estar en la cárcel.

Esa noche de la que estoy hablando, emprendí la larga marcha hacia el baño. Me acomodé en el asiento de madera astillada, encendí un Butter Lake Regular y me sumí en febriles cavilaciones sobre el programa de propaganda subrepticia de Mulligan. En plena faena quiso el azar que bajara la mirada, y allí, a mi lado en el suelo, estaba la serpiente más grande que jamás había visto. Di un respingo sin llegar a gritar, por miedo a provocar el ataque del animal. Su boca completamente abierta permitía ver dos gigantescos colmillos curvados, y su cuerpo moteado de amarillo y negro estaba enroscado debajo como una manguera de jardín recogida. Me quedé tan inmóvil como pude, casi sin respirar. Temía que cualquiera de esas gotas de sudor que me brotaban de la frente para luego deslizarse lentamente por el rostro bastara para desencadenar el ataque. A la postre ya no pude resistir la tensión más tiempo y, haciendo un gran esfuerzo, traté de huir del peligro. Me había olvidado de que tenía los pantalones en los tobillos, así que tropecé con ellos y acabé caído todo despatarrado sobre el suelo del baño. Minutos después me percaté de que la serpiente era de goma.

—¿Qué se supone que es esto? —le pregunté a Secmatte mientras él rellenaba la tinta de la imprenta.

Secmatte se giró y me observó plantado frente a él, sujetando en la mano la serpiente, cuya cabeza y cola arrastraban por el suelo. Sonrió, pero no con su sonrisa tonta de siempre.

—Legion —dijo.

Dejó la lata de tinta y se acercó para coger el juguete.

—Me ha pegado un susto de muerte.

—Es de goma —me informó colocándosela alrededor de los hombros. Levantó la cabeza de la serpiente y la miró a los ojos—. Gracias, la estaba buscando. No sabía dónde se había metido.

Yo estaba tan cabreado que quería una escena, quería bronca. Quería que Albert Secmatte reaccionara.

—¿Un hombre adulto como usted tiene una serpiente de goma? —le espeté lo más vehementemente que pude.

—Sí —respondió como si le hubiese preguntado si el cielo era azul. Y sin mediar más palabra retomó su trabajo.

Suspiré, sacudí la cabeza y regresé a mi despacho.

Más tarde esa misma noche, Secmatte me trajo mi carta para Corrine, que en esa ocasión versaba sobre el canto de las ballenas jorobadas. Quería demostrarle que seguía molesto, pero la visión de la misiva me apaciguó. Junto con la carta traía otro papel.

—Señor Fesh, quiero enseñarle algo en lo que he estado trabajando.

Le arrebaté la otra hoja y me la acerqué a los ojos para leer la única frase que había impresa en ella.

—¿Qué? —inquirí.

—Continúe mirándola un minuto o dos.

Me acuerdo de que la sentencia era bastante larga, y de que la estructura de la misma, aunque gramaticalmente correcta, resultaba un tanto forzada. Mis ojos la recorrieron de principio a fin varias veces. Decía algo sobre un oso polar pescando en las aguas heladas. Recuerdo que comenzaba con una frase preposicional, y que en medio tenía otra parentética describiendo la exuberante belleza de la piel del animal. La oración no resultaba fluida, era un tanto forzada. Incapaz de continuar mirándola, pestañeé. En ese instante, la palabra «llama»

apareció totalmente fuera de contexto en mitad de la frase. No fue como si el resto de términos se hubiesen apartado para hacerle hueco. No, la frase se veía estable, lo único que pasaba es que en ella había una nueva palabra. Volví a parpadear y se esfumó. Volví a parpadear y reapareció. Como encendiéndose y apagándose con cada fugaz movimiento de mis párpados.

Sonreí y miré a Secmatte.

—Sí —dijo él—, pero todavía me falta mucho para que sea perfecto.

—Es extraordinario. ¿Cuál es el efecto que trata de conseguir?

—¿Ha visto el letrero de neón que hay en el pueblo en la panadería? «Pan caliente», con ese bonito color rosado.

—Sí, sé cuál dice.

—Bueno... —dijo, y balanceó la mano derecha como despidiéndose, con expresión de estar esperando a que yo terminara de enunciar su idea.

La palabra me salió sin pensarla:

—Parpadea.

—Exacto —dijo Secmatte peinándose hacia tras el cabello—. ¿Se imagina un texto que contenga una

palabra que parpadee encendiéndose y apagándose como ese letrero? Sé que es teóricamente posible, pero por el momento tan solo soy capaz de confeccionar una línea que cambie cada vez que el lector parpadee o aparte la mirada. Resulta espantosamente difícil lograr justo el equilibrio adecuado de inestabilidad y estabilidad para hacer que la palabra en cuestión fluctúe entre el estado sublimado y el perceptible. Necesito un estado de mayor inestabilidad, uno en el que la palabra esté, a todos los efectos, sublimada; pero, al mismo tiempo, en la sentencia tiene que estar presente algún valor oscilante que la traiga de vuelta al campo visible, la libere, y la vuelva a recuperar más deprisa. Sospecho que la solución que ando buscando se encuentra en una determinada combinación de fuente y bifurcación vocal-consonántica en los adjetivos. Tal como puede comprobar, la frase en su actual configuración no es demasiado correcta, con una sintaxis retorcida hasta un extremo exagerado para el exiguo efecto que exhibe.

Yo me había quedado sin palabras. Miré de nuevo el papel y parpadeé repetidas veces, contemplando cómo la «llama» se encendía y apagaba. Cuando mi atención se desvió de nuevo hacia Secmatte, me encontré con que ya se había marchado.

Esa noche no pude disfrutar del hecho de que llevaba conmigo otra misiva trucada para Corrine hasta mediado el camino a casa. Hasta ese momento mi mente había estado sumida en un remolino de palabras parpadeantes y serpientes de goma enroscadas. Sentía un vago deseo de reflexionar sobre si era ético por mi parte estar enviando esos mensajes a mi mujer, pero como había llegado a dominar mi propia química de la sublimación la utilicé con total impunidad. Más tarde, ya dormido, soñé con que Corrine y yo hacíamos el amor, y la serpiente de goma se me apareció de nuevo de la manera más absurda y aterradora.

IV

Había miríadas de octavillas de Mulligan, y aunque el asunto de cada una era distinto (la importancia de lubricar un gozne que chirría en una puerta mosquitera, de tener alguien que eche una mano cuando se emplea una escalera, de pararse a oler una flor en el camino, de hacer comentarios alentadores a los hijos una vez al día...), todas compartían una uniformidad esencial producto de esa mundanidad. Tal vez esto fuese la explicación de su popularidad. No hay nada que reconforte tanto a la gente como encontrarse con que sus propias convicciones están siendo divulgadas a los cuatro vientos, en letra impresa y en negrita. Además eran gratis, y ese es un precio al que pocos se pueden

resistir, da igual lo que lo que se vaya a obtener, salvo la muerte. Sé por los usuarios de la biblioteca que los habitantes de nuestro pueblo las coleccionaban. Había quien les hacía unos agujeros y compilaba pequeñas enciclopedias de lo banal. Eran justo el tipo de distracción segura, centrada en el pasado, que evitaba tener que prestar atención al caos de la revolución cultural que estaba comenzando a florecer.

Coincidiendo con la popularidad de las octavillas, comencé a percibir en la ciudad un cambio en los hábitos de compra. Me percaté por primera vez en el supermercado, donde determinados artículos se agotaban debido a la enorme demanda. Cuando analicé el asunto con más atención, me quedó claro que todos esas mercancías tan atractivas habían sido producidas por la omnipresente Mulligan, S.A. Resultaba innegable que había algo irresistible en las sugerencias sublimadas camufladas en las octavillas. Era como si la gente las percibiera como consejos bisbiseados por su propia mente, y su atracción hacia una marca concreta la interpretaban como una ocurrencia subjetiva e idiosincrásica. Una vez comenzaba a escasear un artículo, los que no habían leído las octavillas lo compraban porque no querían perderse un producto que a todas luces sus conciudadanos refrendaban. Incluso estando al tanto de todo esto, ni yo mismo era capaz de impedir que

mi mano se alargase hacia el detergente Torbellino Azul, los cereales Pompas de Sabor, el beicon Presto, etcétera. El detergente resultó no tener las propiedades limpiadoras mágicas prometidas; las Pompas de Sabor eran insípidas, y desayunarlas era como comer crujientes bolitas hechas de tierra; y Presto era la descripción de la velocidad a la que yo engullía esas tiras de tocino sin carne. A pesar de lo cual toleré las espectrales manchas y me limité a añadir más azúcar a los cereales, incapaz de comprar ninguna otra marca.

Aún a sabiendas de que lo que Secmatte y Mulligan hacían estaba tremendamente mal, no tenía claro si debía continuar desempeñando mi pequeño papel en el chanchullo. Estaba dividido entre el bien común y mi propio deseo interesado de recuperar a Corrine. Esto se convirtió en todo un dilema para mí, y me quedaba levantado hasta tarde, deambulando por mi piso, contemplando mis opciones y fumando Butter Lake Regulars. Hasta que una noche decidí ir a ver una película para así intentar escapar a mi gravoso dilema. En el Ritz proyectaban *Una cara con ángel*, de Stanley Donen, con Audrey Hepburn y Fred Astaire, y por los anuncios parecía justo la clase de chuminada inocente que necesitaba para tranquilizar mi conciencia.

Ese miércoles por la noche llegué temprano al Ritz, compré una bolsa de palomitas con mantequilla,

las mismas de siempre, y entré en la sala para ocupar mi butaca. Mientras estaba sentado, mirando de hito en hito la pantalla vacía, deseando que mi mente pudiese emularla, entró una atractiva pareja cogida del brazo. Corrine y el señor Walthus pasaron por mi lado sin mirar. Sé que me vieron allí sentado, solo. A la sazón, no se veían demasiados hombres solitarios en los cines, y estoy convencido de que todo el que pasaba se fijaba un momento en mí; ellos, sin embargo, optaron por no verme. De inmediato me planteé la posibilidad de marcharme, pero en ese momento se apagaron las luces y empezó la película, y allí estaba Audrey, mi cita de esa noche.

Mis emociones oscilaron una y otra vez entre el bochorno de ver a mi mujer con el amante que me la había robado y mi deseo de compartir ese rato con la inocente y cariñosa Jo Stockton, el ratón de biblioteca que interpretaba Audrey Hepburn con un idealizado París de fondo. Cuando el rostro de la cita de mis sueños no aparecía en pantalla, yo clavaba la mirada tres filas más adelante y escrutaba el lugar donde Corrine y Walthus estaban sentados. Las lágrimas brotaron de mi ojos en un momento dado, tanto por las ficticias cuitas de los enamorados cinematográficos como por las mías propias. Entonces, en el clímax de la película, cuando Jo profesa su amor por Dick Avery, el fotógrafo, advertí

que Corrine giraba la cabeza para mirarme. Es cierto que estaba oscuro, pero la luz reflejada de la pantalla fue suficiente para que se produjera un cruce miradas que hizo saltar una chispa en ambas. Saqué la mano de la bolsa de palomitas y la alargué hacia ella, pero este movimiento la hizo girarse de nuevo.

No me quedé a ver el resto de la película. Durante el camino a casa fui incapaz de dejar de sonreír. Si había tenido alguna duda sobre si continuaría colaborando con Secmatte, esa mirada de mi mujer la había despejado. «Mis cartas no la dejan indiferente», dije en voz alta, y me sentí tan ligero que habría podido bailar pared arriba como una vez había visto hacer a Fred Astaire en *Bodas reales*.

Cuando llegué la siguiente noche, Secmatte me recibió en la puerta y me informó de que ese día no iba a necesitar mis servicios. Unos caballeros iban a acudir a visitarlo para tratar asuntos de negocios. Me entregó mi carta para Corrine: una breve misiva sobre un par de gemelos siameses unidos por la parte central de la cabeza, cada uno con un cerebro y un ojo propio en el lado exterior de la cara, pero con un único ojo compartido situado justo en el punto de unión. El texto estaba impreso y cargaba con el apreciable peso de sus palabras invisibles. Le di las gracias, y él asintió con la cabeza y sonrió. Cuando ya me estaba girando para marcharme, añadió:

—Señor Fesh, bueno, Calvin, estoy encantado de contar con su ayuda.

Apartó la mirada, no con su habitual desinterés distraído, sino más bien con un aire tímido que me hizo creer en su sinceridad.

—Vaya, gracias, Albert —dije yo, utilizando su nombre de pila por primera vez—. Y yo creo que nuestras cartas están empezando a hacer efecto en mi mujer.

Él me dirigió una fugaz mirada de incomodidad, para acto seguido volver a sonreír y a asentir con la cabeza.

Justo cuando me estaba dando media vuelta para marcharme, una reluciente limusina se detuvo y de ella descendieron tres hombres ataviados con elegantes trajes caros. Al momento identifiqué a uno de ellos: Mulligan. No deseaba que me reconociese como el asistente a la conferencia de aquella noche en el centro de cultura, sobre todo teniendo en cuenta que yo había cuestionado la cordura de Secmatte, así que me alejé a buen paso calle abajo. En mi huida no llegué a ver bien a los otros hombres, pero oí que Mulligan presentaba a uno de ellos como Thomas VanGeist, que yo sabía era uno de los competidores en la carrera por el senado estatal de ese año. Cuando miré por encima del hombro para

ver si lo reconocía, los tres estaban ya pasando al interior del búnker.

Cuando acudí a casa de Secmatte la siguiente semana, este parecía agotado. No se entretuvo demasiado charlando conmigo, pero me informó de que había cerrado varios negocios y que su trabajo se había incrementado de manera exponencial. Me sentí mal por él. Tenía el traje arrugado y la corbata torcida, y el cabello, por lo general peinado pulcramente hacia atrás formando una onda, le colgaba en mechones como si la misma por fin hubiese roto en la playa. Llevaba a Legion, la serpiente de plástico, alrededor del cuello, como si se tratase de un collar exótico o un talismán que lo protegiese del mal.

—Si le sirve de algo, puedo venir una noche más —me ofrecí—. Hasta que termine el trabajo extra.

—No, señor Fesh, no es posible —dijo moviendo la cabeza negativamente—. Es trabajo ultrasecreto. Ultrasecreto.

A Secmatte le encantaba esa palabra y la utilizaba con frecuencia. Cuando le planteaba un montón de preguntas sobre la técnica de sublimación en una determinada octavilla en la que estábamos trabajando, me contestaba con tono seguro y respuestas breves y escuetas, pareciendo dar por hecho que la información que estaba ofreciendo era

de conocimiento público. Yo no entendía casi nada de lo que me explicaba, pero mi interrogatorio solía alcanzar un determinado punto en el que me decía, «Ultrasecreto», y con eso concluía el mismo.

Yo me preguntaba qué es lo que le empujaba a llegar a tales extremos. Me dijo que estaba ganando dinero a espuestas, «que había encontrado un tesoro», según sus propias palabras, pero nunca parecía gastar nada. Todo esto hubiese continuado siendo un misterio insoluble de no haber sido por la visita que recibí en la biblioteca la tarde del miércoles de la siguiente semana.

Rachel Secmatte pareció haberse materializado frente a mí como una de las palabras sublimadas de su hermano liberada de sopetón en el mundo de lo visible mediante una reacción de química textual. Yo estaba echando un vistazo a un periódico local, leyendo sobre la terriblemente alarmante noticia de una agresión a un hombre de color por parte de unos jóvenes en Weston, y cuando levanté la mirada me la encontré frente a mí, plantada ante el mostrador de préstamos.

Me sorprendí tanto por su aspecto despampanante como por su repentina presencia.

—¿Puedo ayudarla? —pregunté.

Era rubia y con la constitución de una de esas actrices cuya figura me resultaba intimidante; una reacción que encontraba muy cómodo achacar a su moral laxa.

—¿El señor Fesh? —dijo ella.

Yo moví la cabeza afirmativamente y me noté ruborizar.

Ella se presentó y alargó la mano, que yo estreché en mi palma húmeda durante un segundo.

—Usted es amigo de Albert, ¿verdad? —inquirió asintiendo con la cabeza.

—Trabajo con él. Le ayudo en su trabajo.

—¿Dispone de unos minutos para hablar conmigo? Estoy preocupada por Albert y necesito saber qué es lo que anda haciendo.

Cuando me disponía a decirle escuetamente que su hermano se encontraba bien, mi perplejidad se disipó y caí en la cuenta de que esta era mi oportunidad de averiguar algo más sobre el inefable Secmatte.

—No faltaría más —dije.

Eché un vistazo en derredor y, al ver que la biblioteca estaba vacía, le indiqué con un gesto que

pasara al otro lado del mostrador de préstamos y la acompañé a mi despacho.

Antes de sentarse en la silla situada frente a la mía, se quitó el abrigo, lo que me permitió ver su jersey beis de escote vertiginoso, que me produjo la misma sensación de estar cayendo que con frecuencia experimento justo antes de quedarme dormido.

—A Albert las cosas le están yendo bien —le aseguré—. ¿Necesita su dirección?

—Sé dónde vive.

—¿Su número de teléfono?

—Hablé con él anoche. Fue entonces cuando lo mencionó a usted. Pero solo quiere hablar conmigo por teléfono. Se niega a verme.

—¿Y eso por qué?

—Si tiene unos minutos, se lo puedo contar todo —se ofreció.

—Por favor. Siendo Albert, habrá bastante que contar.

—Bueno, a estas alturas ya debe de saber que mi hermano es diferente.

—Decir eso es quedarse corto.

—Siempre lo ha sido. ¿Sabía que no dijo ni una palabra hasta los tres años?

—Me cuesta creerlo. Tiene una facilidad, un enorme talento para el lenguaje...

—Una maldición —me interrumpió—. Así es como lo describía nuestro padre, el reverendo. Nuestros padres eran fundamentalistas religiosos de lo más estricto, y si gozábamos de flexibilidad cero en cuanto a interpretaciones creativas de la Biblia, en lo concerniente a la conducta personal incluso era menor. Albert tiene cuatro años menos que yo. Fue un niño curioso que sentía, ¿cómo lo diría yo?, un impulso desapasionado e incontrolable por entender el mecanismo de las cosas... no sé si me explico.

—¿Un impulso desapasionado?

—Tenía que comprender hasta la mismísima esencia de las cosas, pero detrás de esa necesidad no había emoción alguna, era una especie de deseo mecánico. Tal vez el mismo tipo de impulso que empuja a migrar a los gansos. Y bueno, hacía lo que fuera para conseguir esas respuestas que necesitaba, algo que con bastante frecuencia chocaba con los preceptos de mi padre. Sentía una curiosidad especial por las palabras impresas en los libros. Cuando era muy pequeño y yo le leía cuentos, no eran los personajes ni el argumento lo que le interesaba; lo que quería saber era cómo las letras

del libro creaban las imágenes que brotaban en su imaginación. Había uno sobre un oso que me obligó a leerle mil veces. Cuando terminaba, él pasaba las páginas con aire desesperado, lo volvía boca abajo, lo sacudía, se lo acercaba a un palmo de los ojos... Más adelante, cuando ya era un poco mayor, unos cinco años o así, empezó a diseccionar los libros, a destrozarlos. La Biblia era un libro muy importante para nuestra familia, claro está, y cuando un día mi padre encontró a Albert recortando las diminutas palabras con unas tijeras se lo tomó como una afrenta a su Dios y se puso como un basilisco. Lo encerró en un armario sin luz durante toda la tarde. Él aceptó el castigo sin protestar, pero no cesó en sus investigaciones.

»Albert no entendió la reacción de mi padre, así que registró la casa de arriba abajo en busca de las tijeras escondidas. Y luego volvió a la carga, recortando con esmero determinadas palabras. Con una pintura verde dibujó en un trozo de cartón una tabla simétrica con extrañas marcas en los extremos y en los laterales de las columnas, y sobre ella agrupaba las palabras. De tanto en tanto cogía una y probaba a pesarla en la balanza de cocina que mi madre usaba cuando preparaba alguna receta. Se podía pasar horas repitiendo una frase, una palabra aislada, e incluso una sílaba. Durante toda esa época, lo pillaban continuamente, y acababa

encerrado en el armario. Luego empezó a quemar diminutos trocitos de papel con palabras recortadas, para tratar de inhalar el humo. Cuando mi madre lo encontró con las cerillas, decidieron que estaba poseído por un demonio y que tenía que ser exorcizado. Fue tras el exorcismo, durante el cual Albert se limitó a mirarlos tranquilamente, cuando por primera vez lo vi asentir con la cabeza y sonreír. Si el ritual logró algo, fue hacer que se percatara de que era diferente, inaceptable para los demás, y que tenía que ocultar su verdad.

—Tiene una serpiente de goma —dije.

Ella se echó a reír.

—Sí, Legion. Se usaba en las funciones que organizaba nuestra iglesia. Representábamos una escena sacada del *Génesis*: Adán y Eva en el jardín del Edén. Esa serpiente, que a saber de dónde la sacó mi padre, estaba enrollada alrededor de un árbol, y quienquiera que interpretase el papel de Eva, completamente vestida, no faltaría más, se acercaba al árbol y llevaba la boca del animal hasta su oído. Albert ya sentía fascinación por ella antes incluso de empezar a hablar. Y cuando habló por fin, su primera palabra fue su nombre: Legion. La escondía en su habitación, y solo la volvía a colocar en la caja donde la guardaban cuando sabía que la representación estaba al caer. Al darse cuenta del apego que sentía

por ella, nuestros padres trataron de esconderla en repetidas ocasiones, y viendo que era inútil probaron a tirarla; aunque no sé cómo pero Albert siempre se las apañaba para recuperarla.

—Suenas como si hubiese tenido una infancia complicada.

—Nunca tuvo amigos, siempre fue un marginado. Los otros niños del pueblo lo sometían a continuas burlas, algo que nunca pareció molestarlo. No pensaba más que en sus experimentos con palabras, en sus investigaciones. Yo traté de protegerlo cuanto pude. Y cuando se sentía desconcertado ante la vida o estaba asustado por algo, lo cual era bastante raro, venía a mi cuarto y se metía conmigo en la cama.

—Pero dice que ahora se niega a verla.

—Así es —dijo moviendo la cabeza afirmativamente—. De cría yo también era bastante curiosa. Lo que sobre todo me interesaban eran los chicos, y en mi caso no se trataba de un interés desapasionado. En una ocasión, cuando ya éramos algo mayores y nuestros padres se habían marchado a pasar el día fuera, un chico que me gustaba vino a casa. Baste con decir que Albert entró en mi habitación en mitad del día y me pilló en una postura comprometida con este muchacho. —Suspiró, cruzó los brazos y sacudió la cabeza.

—¿Eso afectó a su relación con él? —pregunté, tratando de tragar el nudo que sentía en la garganta.

—A partir de ese momento se negó a mirarme. Me hablaba, pero cuando estábamos en la misma habitación miraba para otro lado o se tapaba los ojos. Esto no ha cambiado a lo largo de los años. Ahora solo me comunico con él por teléfono.

—Bueno, señorita Secmatte, puedo asegurarle que a Albert le van bien las cosas. Ahora mismo está un poco cansado porque le han encargado una gran cantidad de trabajo. Está ganando un pastón, aunque tal vez se esté forzando a trabajar en exceso.

—Le aseguro, señor Fesh, que el dinero no significa nada para él. Lo más probable es que esté aceptando todos estos trabajos que menciona porque le plantean un desafío. Porque le obligan a poner a prueba aspectos de sus teorías que a él por su cuenta no se le hubiesen ocurrido.

Consideré la posibilidad de contarle a Rachel el motivo por el que me había ofrecido a ayudar a Albert, pero luego me lo pensé mejor. La posibilidad de ponerla al tanto de la naturaleza de nuestro trabajo para Mulligan quedaba totalmente descartada. «Ultrasecreto», se me pasó por la cabeza. Ella se agachó, metió la mano en el bolso

que tenía a los pies y sacó una cajita de unos veinte por diez centímetros.

—¿Puedo pedirle que le entregue esto? Es algo que él mismo me regaló hace tiempo, pero ahora me ha dicho que necesita que se lo devuelva.

—No faltaría más —dije cogiendo la caja.

Ella se levantó y se puso el abrigo.

—Gracias, señor Fesh.

—¿Por qué me ha contado todo esto? —le pregunté cuando se dirigía hacia la puerta.

Rachel se detuvo antes de salir.

—Me he preocupado por el bienestar de Albert durante toda mi vida sin siquiera saber si él era consciente de ello. Hace ya tiempo que dejó de importarme que lo supiese o no. Ahora sigo preocupándome simplemente porque, como le pasa a él, siento un impulso que me obliga a hacerlo.

V

Siendo como era un caballero con sentido de la ética, decidí que al menos esperaría a abrir la caja hasta llegar casa tras el trabajo. Durante mi camino de regreso estaba lloviendo a cántaros. Para entonces mi curiosidad se había desbocado y contaba con encontrar toda suerte de extravagancias

en su interior. El paquetito no era excesivamente pesado, pero algo sí que pesaba. Una de mis ideas más descabelladas era que a lo mejor contenía una sola palabra, la de mayor peso, una palabra compuesta inventada por Secmatte y desconocida para el resto del mundo.

Cuando llegué a mi piso comencé a preparar un té, para permitir así que mi excitación creciera un poco más antes de abrir la tapa de la caja. Luego me senté a la mesa desde la que veía la calle bañada por la lluvia, el té humeante en la taza, y levanté la tapa. Ni era una palabra ni una nota ni una fotografía. No era ninguna de las cosas que me esperaba; lo que tenía ante mí sobre un lecho de algodón eran unas gafas. Ya antes de sacarlas vi que eran un tanto inusuales, con unas pequeñas lentes circulares de un amarillo brillante, demasiado endebles para ser de cristal. La montura estaba hecha de un alambre grueso doblado chapuceramente.

Las cogí de su blanco nido para examinarlas más de cerca. Las lentes parecían estar hechas con finas láminas de celofán amarillo, y la montura era delicada y fácilmente maleable. Ni que decir tiene que me las puse, curvando las flexibles varillas alrededor de la parte posterior de las orejas. El día se había vuelto amarillo oscuro cuando dirigí la mirada hacia la ventana. Con la excepción del cambio de color de las cosas, no noté ningún ajuste

óptico, ningún truco. Me quedé sentado un rato, contemplando caer la lluvia mientras reflexionaba sobre mi propia y solitaria existencia, sobre mis sublimaciones y engaños.

En mitad de esas cavilaciones sonó el teléfono y respondí.

—¿Calvin? —dijo una voz femenina. Era Corrine.

—Sí.

Me sentí como en un sueño, como escuchándome desde muy lejos.

—Calvin, he estado pensando en ti. Tus cartas me han hecho pensar en ti.

—¿Y qué es lo que has pensado?

—Volvería contigo si tan siquiera de vez en cuando me demostraras que me quieres —dijo Corrine echándose a llorar—. Quiero volver.

—Corrine, yo te quiero, pero en realidad tú no me amas. Crees que sí, pero es una ilusión. Es porque las cartas que te envío están trucadas. Serás más feliz sin mí.

Una parte de mí no daba crédito a lo que estaba diciendo, pero había otra que estaba saliendo a la luz y deseaba admitir la verdad.

El silencio se prolongó unos instantes y acto seguido la llamada se cortó. Me imaginé la escena: Corrine, saliendo de una cabina y alejándose calle abajo bajo la lluvia. Tenía razón, había estado tan ocupado mirándome el ombligo que raras veces le había demostrado mi cariño. Sí, por supuesto, estaban todos mis necios partes sobre las maravillas del mundo, mis breves escritos sobre política y filosofía y nunca sobre amor, pero su auténtico objetivo había sido demostrar mi superioridad intelectual. Poco a poco fui cayendo en la cuenta, como si mi espejismo se hubiese esfumado, de que yo mismo había sido el culpable de mi propia soledad. Me quité las gafas amarillas, las cerré y las volví a guardar en su caja.

La tarde siguiente fui a casa de Secmatte como de costumbre, pero en esta ocasión decidido a comunicarle que no pensaba continuar con el asunto de la sublimación. Secmatte no salió a abrir cuando llamé a la puerta, pero como estaba abierta, algo bastante habitual, entré y lo llamé por su nombre. No hubo respuesta. Lo busqué por todas las habitaciones, incluido mi despacho, pero no estaba por ninguna parte. Cuando regresé a la sala de impresión, eché un vistazo a mi alrededor y vi que encima de uno de los mostradores estaban las nuevas octavillas que Albert había preparado para VanGeist. Eran de contenido político: anunciaban su

candidatura para el senado estatal con un gran titular en negrita. Debajo del mismo, en cada uno de los modelos de octavilla había un mensaje diferente del candidato, de un párrafo de largo y con alguna de las habituales tonterías buenrollistas. Al pie figuraba su nombre y por último una frase animando a votar el día de las elecciones.

«Ultrasecreto», dije, y cuando me disponía a regresar a mi despacho se me ocurrió una idea. Mirando por encima del hombro para asegurarme de que Secmatte no estaba allí, metí la mano en el bolsillo y saqué la caja que contenía las gafas. La deposité con cuidado sobre el mostrador, la abrí y las cogí. Una vez que las varillas estuvieron encajadas sobre mis orejas y las lentes colocadas encima de mi nariz, volví a examinar las octavillas de VanGeist.

Mi presentimiento había sido acertado, aunque hubiese preferido equivocarme. Las lentes de celofán anulaban como fuera el efecto sublimador, y vi lo que se suponía nadie iba a ver. Insertados en los párrafos de manido autobombo existían otros mensajes muy mordaces. En uno de los modelos de octavilla, las palabras secretas formaban una frase que descalificaba al oponente de VanGeist, un tipo llamado Benttel, acusándolo de ser comunista, pedófilo y ladrón. En el otro, el contenido oculto eran insultos raciales, dirigidos sobre todo a los negros, que revelaban la verdadera opinión de VanGeist

sobre la Ley de Derechos Civiles promulgada por Eisenhower que próximamente iba a ser sometida a votación en el Congreso. Al momento me vino a la cabeza el artículo del periódico sobre la agresión en Weston, y no pude dejar de preguntarme si existiría una relación.

Me aparté del mostrador, auténticamente horrorizado al descubrir el plan en el que venía colaborando. Esto era muchísimo peor que empujar subrepticamente a la gente a comer beicon Presto... ¿o no? Al alejarme de las octavillas vi que al borde de otra mesa estaba secándose la misiva impresa semanal para Corrine. Al posar mi mirada sobre ella, descubrí que en la misma no había ni una palabra sublimada. Era exactamente tal y como yo la había redactado, con la salvedad de que estaba impresa. Me quedé paralizado, y lo más probable es que no me hubiese movido en una hora de no haber entrado Secmatte en la sala de impresión en ese momento.

—¿Está Rachel aquí? —preguntó al ver que llevaba puestas las gafas.

—No, no está —respondí.

—Le pedí a Rachel que las trajera para que usted pudiese ver.

— Secmatte —dije notando crecer mi enojo—, ¿se da cuenta de lo que está haciendo?

—¿De lo que estoy haciendo ahora mismo?

—No —grité—, con estas octavillas.

—Las imprimo.

—Está contribuyendo a sembrar el odio, Albert, la ignorancia y el odio.

Secmatte movió la cabeza negativamente y observé que le empezaban a temblar las manos.

—Está difundiendo el odio.

—No es así, estoy imprimiendo octavillas.

—Las palabras, las palabras... Por el amor de Dios, ¿tiene idea de lo que está haciendo?

—No son más que palabras. Es solo un trabajo. Rachel me dijo que necesitaba un trabajo para ganar dinero.

—Esto está mal. Está muy mal.

Hizo amago de ir a decir algo, pero no llegó a hacerlo. En lugar de eso clavó la mirada en el suelo.

—Estas palabras tienen un significado —dije.

—Tienen una definición —musitó él.

—Ahí fuera hay personas que van a sufrir por culpa de estas octavillas. Ahí fuera hay un mundo lleno de gente, Albert.

Él asintió con la cabeza y sonrió, tras de lo cual se dio media vuelta y abandonó la habitación.

Rompí todas las octavillas a las que pude echar mano, lanzándolas por el aire para que los pedazos cayeran como copos de nieve. Las palabras que habían estado sublimadas eran lo único que veía en esos momentos. Por fin me quité las gafas y las coloqué de nuevo en la caja. Tras buscar a Secmatte durante media hora por el edificio, caí en la cuenta de dónde debía de encontrarse. Cuando le había gritado parecía un niño cabizbajo, y supe que habría ido a cumplir su castigo en el armario. Fui a mi despacho y abrí la puerta que llevaba al baño. La lejana bombilla estaba apagada, y el enorme y frío recinto estaba sumido en una total oscuridad.

—Albert —llamé desde la puerta. Me pareció oírlo respirar.

—Sí —respondió, aunque no se dejó ver.

—¿De veras que no sabía que lo que estaba haciendo estaba mal?

—Puedo arreglarlo.

—Se acabó lo de trabajar para Mulligan y VanGeist.

—Puedo arreglarlo con una palabra —insistió él.

—Limítese a quemar las octavillas y no vuelva a relacionarse con ellos.

—Todo se va a solucionar.

—¿Y qué me dice de mis cartas? ¿O es que nunca les añadió ninguna palabra secreta?

—Nunca.

—Ese era nuestro trato —le espeté.

—Pero yo no sé nada sobre el Amor. Lo necesitaba para que viese qué era capaz de hacer. Creía que le parecía que estaba bien.

No había nada más que decir por mi parte. Cerré la puerta y lo dejé en la oscuridad.

VI

Durante los meses siguientes, reflexioné con frecuencia, a veces con angustia, a veces con satisfacción, sobre el hecho de que mis propias palabras, nacidas de un sentimiento sincero, no hubiesen dejado indiferente a Corrine y la hubieran hecho cambiar de opinión. Sin embargo, todo eso quedó en nada. Me enteré por un amigo común que se había marchado del pueblo sin Walthus, con la intención de abrirse camino en la ciudad donde había nacido. Nunca nos divorciamos de manera oficial, y nunca la volví a ver.

También se produjeron dos incidentes interesantes. El primero tuvo lugar poco después de que Secmatte desapareciese. Leí en el periódico que, una mañana, justo antes de las elecciones, VanGeist se había desplomado muerto en su despacho; y esa misma semana, Mulligan contrajo una extraña enfermedad que lo dejó ciego. Se trataba de una sincronía desconcertante que forzaba la posibilidad de una coincidencia hasta el límite más extremo.

El segundo acontecimiento sorprendente fue una postal de Secmatte que recibí un año después de que se esfumase de Jameson. En ella me pedía que contactara con Rachel para informarla de que se encontraba bien. Me contaba que Legion y él estaban trabajando en algo distinto, también relacionado con el lenguaje. «Hice mis cálculos demasiado a la ligera —decía—, porque las palabras tienen algo, un espíritu inidentificable nacido del propósito del autor, que resulta imposible medir. Esto es algo de lo que yo antes no era consciente, pero este fenómeno es lo que ahora me esfuerzo por comprender».

Miré el listín telefónico de nuestro pueblo y el de las poblaciones cercanas tratando de dar con Rachel Secmatte. Cuando al cabo la localicé viviendo en Weston la llamé y charlamos un rato. Quedamos para cenar y así poder enseñarle la postal de su

hermano. La cena resultó muy agradable, y en el transcurso de la misma me contó que al no tener noticias de Albert había ido a buscarlo al edificio de la antigua empresa petrolera. Se había encontrado con que el lugar estaba abandonado, pero su hermano había dejado allí sus cuadernos y las gafas de celofán.

Durante los siguientes años vi a Rachel Secmatte con frecuencia. Mi experiencia con su hermano, mis escarceos con esa red de engaños en la que yo mismo había sido atrapado, me convirtieron en un hombre más franco. Esa franqueza acabó con mi temor a las mujeres, habida cuenta de que ya no lo necesitaba de burladero. Me permitió comprender el viejo dicho de que obras son amores y no buenas razones. En 1962, Rachel y yo nos fuimos a vivir juntos, y desde entonces no nos hemos separado. Un día, mediada la década de los sesenta, en el clímax de esa nueva era de humanismo que yo tanto había añorado, encontré en el sótano la caja con las gafas y los cuadernos de Albert, y me embarqué en la tarea de intentar descifrar su sistema con la intención de tratar de liberar al mundo de las restricciones impuestas por el lenguaje. Eso fue hace casi cuarenta años, y con el transcurrir del tiempo he aprendido muchas cosas; una de ellas, y no la menos importante, que mi misión inicial era una locura. Lo que sí que he descubierto es que existe

una palabra, que no revelaré, la cual, cuando se sublima, se utiliza en conjunción con el nombre de una persona y se imprime en una frase calculada a la perfección y con la fuente apropiada, puede provocar que el individuo en cuestión, de llegar a ver el texto que la contiene, sufra graves efectos secundarios físicos, pudiendo incluso provocarle la muerte.

Por mi parte prefiero concentrarme en las posibilidades positivas de la técnica de la sublimación. Por este motivo he camuflado en el texto de la historia precedente un conjunto de palabras que, incluso aunque no las hayas registrado de manera consciente, te van a dejar con una hermosa imagen. No trates de esforzarte por descubrirla: con eso solo conseguirás ahuyentarla. Se presentará ante ti dentro de alrededor de media hora o cuarenta y cinco minutos. Cuando eso suceda, agradéceselo a Albert Secmatte, sin duda ya un anciano como yo, que andará por algún lugar del mundo buscando todavía una chispa de luz en un oscuro armario, con su única compañera susurrándole al oído fascinantes y grávidas palabras.

Copyright © 2002 Jeffrey Ford

Sobre *El peso de las palabras*

La idea básica para este relato me rondaba la cabeza desde hace años. De niño en el colegio, siempre había tenido problemas con las matemáticas, sobre todo con el álgebra. Creo que mi nota final en esta asignatura fue un suspenso. Nunca comprendí por qué x era igual a y , y a partir de ahí todo fue un rápido descenso hacia el fracaso y un montón de clases estivales de recuperación. Ya por entonces me gustaba leer y escribir historias, así que, cuando miraba las ecuaciones del libro de matemáticas, en lugar de entender los conceptos que transmitían yo las veía como si fuesen historias: los números eran los personajes; los operadores de división, multiplicación, etc., eran los giros y vueltas de tuerca del argumento. Yo me dejaba arrastrar por estas historias, cómo no, y cuando la maestra me hacía salir a la pizarra no tenía ni idea de qué iba el asunto. Cogía la tiza y me lanzaba a escribir números, símbolos y signos hasta que ella se hartaba de mi ignorancia y me mandaba de vuelta a mi sitio. Esta imagen de números encarnándose en personajes y ecuaciones en historias fue algo que no se me olvidó, y un día, ya de mayor, me pregunté si podría invertir el proceso y convertir las historias en ecuaciones. Esto terminó transformándose en la idea básica de *El peso de las palabras*. No obstante, el cómo escribir algo concreto a partir de la misma continuaba siendo un misterio. No conseguía dar con la manera de hacerlo. La idea permaneció en barbecho hasta que me fijé en los cuentos de *La tabla periódica de la ciencia ficción*, de Michael

Swanwick¹, en la revista online *Sci Fiction* y, aunque no eran lo mismo (de hecho, en cierta manera eran lo contrario), fueron estas piezas las que me hicieron volver a acordarme de la idea para este relato. Y entonces, un día, cuando estaba sentado vigilando un examen de la asignatura de Literatura Temprana Estadounidense, dibujando bocetos de los alumnos mientras ellos escribían sus composiciones, ¡zasca!, no sé cómo ni por qué, pero la historia se presentó ante mí con increíble claridad; el planteamiento de la misma se convirtió en algo obvio y sencillo. A toda prisa escribí unas notas para el relato, algo que no acostumbro a hacer, pero en esta ocasión todo parecía un sueño cuyo recuerdo se desvanecería si no lo plasmaba por escrito de inmediato.

El cuento se publicó en la tercera entrega de la serie de antologías *Leviathan*, editada por Jeff VanderMeer y Forrest Aguirre. Tanto el volumen como este relato fueron finalistas del premio Mundial de Fantasía de 2003, y *Leviathan Three* incluso ganó (*ex aequo*) en la categoría de mejor antología.

Copyright © 2006 Jeffrey Ford

Traducido del inglés por Marcheto

<https://cuentosparaalgernon.wordpress.com/>

¹ [The Periodic Table of SF](#), colección de 118 piezas muy breves de Michael Swanwick, cada una bautizada con el nombre de uno de los elementos de la tabla periódica y relacionada argumentalmente con él.